

## HISTORIA DE AVAROS



Si la economía—y hay que entender por ella, en este caso, la ruindad—es verdaderamente como ha dicho Alfonso Karr, de espiritual memoria, la *escuela de todos los viejos*, es también la escuela de todo lo ridículo. ¿Qué anécdotas no se pueden contar á propósito de los avaros notorios?



Ahí tenemos la buena señora respetable—buena y respetable son aquí adjetivos llenos de ironía—que aprisiona una mosca en el azucarero para saber si, por casualidad, su sirvienta lo abre á escondidas para sacar un terrón de azúcar.

Otro caso es el señor de cierta edad que pone anteojos verdes á su caballo con el objeto de engañarle sobre la calidad de su alimento y hacerle comer paja por heno.



He podido, en otro tiempo, ser útil á compañeros sirviéndome de un avaro conocido mío.

Creo que era unacomedia muy perdonable, en vista de su objeto caritativo y fraternal.

Cuando yo necesitaba conseguir para un amigo los buenos oficios del individuo en cuestión, tomaba en su presencia un aire ambiguo que le sugería inmediatamente el pensamiento —¡oh espantosa ideal— de que yo iba quizás á pedirle dinero prestado.

Después, con una gradación sabia, disipaba sus temores y reclamaba por último de él, el servicio que yo deseaba obtener y que solo debía costarle el empleo de su influencia, por otra parte, efectiva, pues ese personaje grotesco era en verdad muy influyente.

Así, pues, el avaro es servicial. Pero además tiene una sobriedad prodigiosa. Si se le puede reprochar es porque lleva esa sobriedad más allá de los límites permitidos

He oído narrar á este respecto, antes, una historia verdaderamente deliciosa.

—Una noche, en Normandía, dos viejos aldeanos, hombre y mujer de una tacañería proverbial, recibieron de su quintero una bolsa llena de escudos que representaban el precio del arrendamiento. Contaron y recontaron el dinero y no se dieron cuenta—al contar de nuevo por tercera vez—de que faltaban cinco francos, hasta después de la salida de su locatario.

¡Gran agitación! Era demasiado tarde para correr tras aquel hombre, á quien su carricoche llevaba hacia media horn en la oscuridad, en dirección de su pueblo.

¿Que hacer? Por otra parte, el quintero, habiéndose hecho la cuenta delante de él sin que se notara el error, negaría sin duda.

La desesperación les invadió.

Mientras se miraban uno al otro, con amargura y angustia, la mujer tuvo una inspiración

—Nos acostaremos sin cenar, si quieres, dijo á su marido. Siempre será algo que recuperaremos de los cinco francos.

El buen hombre contempló á su mujer con admiración y casi con lágrimas en los ojos, por lo muy inteligente que la veía.

Nunca, en el tiempo de su juventud, cuando la cortejaba, la había envuelto con tal mirada. Era, en efecto, la compañera que había soñado y no tenía por qué arrepentirse de haberla elegido entre todas.

Iban, pues, á hacer como ella había dicho, cuando el hombre, al quitarse un zueco de los piés hizo rodar por el suelo la moneda que faltaba á la cuenta del alquiler.

Al principio se quedó sofocado. Contemplaba esa moneda, que brillaba delante de él, por el suelo, como una estrella, con ojos agrandados por el éxtasis.

Después de haberla recogido y palpado mucho tiempo, y haberla agregado por último á las otras monedas, en la bolsa que había

puesto en el armario debajo de un montón de ropa blanca, tuvo, á su vez, una idea genial.

—Es tarde, dijo. Ahora estás acostada, y habíamos resuelto no cenar. Tendrías que levantarte, hacer la sopa, poner la mesa... ¡No sería mejor que no cenáramos?

¿No es prodigioso?

Huelga decir que los dos estuvieron de acuerdo inmediatamente y saborearon los dos, á falta de su mísera comida, el goce intenso de economizar algunas cebollas y patatas.



Pero lo más cómico que he visto en este orden de ideas, es el modo de ser de una señora vieja rica, en la época de mi infancia.

Mis padres la conocían y sabían cuáles eran sus recursos.

Recuerdo aún cuando entraba en nuestra casa como un torbellino y con unaturbación indecible, contaba á mi madre—que era toda generosidad—su desgracia.

Había tenido que ir á Saint-Denis un día de invierno. Hacía mucho frío. Con motivo del estado de la temperatura por su edad, é impulsada por no se qué demonio de la magnificencia que, por lo general, no ejercía influencia alguna sobre ella, había resuelto tomar un billete de segunda clase en el ferrocarril. ¡Oídlo bien; un billete de segunda clase! ¡un derroche!

—La diferencia es poco sensible, pensó ella, y además tengo con que vivir. En resumidas cuentas, puedo verdaderamente...

Y cediendo á un arranque malhadado, tomó el billete de segunda clase. Ya, sin embargo, se reprochaba esta locura, cuando se encontró en el andén con una señora amiga suya, de más edad que ella y más rica, que iba también á Saint-Denis y había tomado prudentemente un billete de tercera clase.

¡Que lección! Se sintió invadida de gran vergüenza y confusión como un culpable asediado por el remordimiento de una mala acción.

Y no atreviéndose á confesar su derroche á esa señora razonable— ¡una persona que tiene mis de cuarenta!—subió con ella á un coche de tercera clase, ocultando el billete acusador.

Oigo todavía las carcajadas en la casa, después de la salida de la avara.

Pero ¡ay! tales risas son de corta duración.

Los corazones bien puestos, después de haberse divertido un momento en lo que no les parece al principio sino una ridiculez ó extravagancia, no pasan mucho tiempo sin estremecerse á la idea de que existe, al lado de esos «miseros voluntarios», que son los avaros, verdaderos y demasiado auténticos miseros y que éstos cuando se ven obligados á viajar, tomarían cuarta clase si la hubiera. Además cuando ellos se acuestan sin cenar no lo hacen con un objeto de sórdida economía, sino porque no hay en la cocina ni siquiera una cebolla ó una patata, ni pan en la casa, misérrima, absolutamente vacía.

Y tienen al lado de ellos, á veces, viejos, el padre, la madre: tienen hijos que gritan de hambre.

Al pensar en esas miserias demasiado verdaderas, la risa se hiela en los labios y se siente una sorda cólera ante el avaro cuyo tesoro inútil daría pan á los que carecen de él, fuego á los que tiritan y vestidos á los que van apenas cubiertos de harapos.

Lo odioso entonces se sobrepone á lo ridículo.

FRANCISCO COPPÉE.

